

Guiados por el Espíritu:

Con María en el Cenáculo

■ Michelle Moran

EN ESTA EDICIÓN

Guiados por el Espíritu:

Con María en el Cenáculo

Michelle Moran

El Espíritu sopla donde quiere:

Jesús Vivió al Margen de la Sociedad - Se Acercó a los Pobres y Marginados

Julienne Mesedem

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Pueden Imponer las Manos los Laicos?



En los Hechos de los Apóstoles nos encontramos con la comunidad cristiana reunida en obediencia al mandato del Señor que había dicho:

‘aguardad que se cumpla la promesa del Padre’ (Hechos 1,4). María les acompañaba en su espera en oración e implorando el don del Espíritu Santo. Pero ella hacia esto desde una perspectiva muy diferente porque sabemos que en la anunciación ella ya había sido ‘ensombrecida’ y había recibido una nueva efusión o infusión del Espíritu Santo.

Cuando reflexionamos sobre el relato de la anunciación (Lc 1, 26-38), vemos que María inicia un trayecto. En primer lugar, se perturba profundamente por la palabra pero está atenta a ella (Lc 1, 30). María inicialmente se implica con la palabra a nivel cerebral, con su mente. Ella se pregunta, ‘¿Cómo será eso, pues no conozco varón?’ (Lc 1, 34). Luego, permite que la palabra entre más profundamente y toque su espíritu, de manera que finalmente, puede ver que es el Espíritu Santo el que hace

posible todas las cosas (Lc 1, 37). Sólo después de todo esto puede hacer esa gran afirmación de fe, su fiat: ‘He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra’ (Lc 1, 38).

Nosotros también podemos hacer su recorrido y

hacernos algunas preguntas importantes. Sabemos que ‘la palabra de Dios es viva y eficaz’ (Heb 4, 12). Sin embargo, ¿cuándo fue la última vez que permitiste ser retado por la palabra de Dios? En un sentido, es fácil leer la palabra pero Santiago nos recu-



erda: ‘poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla’ (Santiago 1, 22). Como en la anunciación la palabra pide compromiso. ¿Cuándo fue la última vez que te perturbaste por la palabra? ¿Cómo te estás comprometiendo con la palabra de Dios en tu vida? Siguiendo los pasos de María: ¿el desarrollo de la palabra en tu vida está acercándote más profundamente a la vida de fe?

‘Nacer del Espíritu’ significa ver las cosas de una manera nueva, tener una nueva perspectiva. Entonces en fe, como María, decir sí y rendirnos a Dios. Esto exige una conversión y desde el nuevo lugar, una respuesta tanto a un nivel racional o intelectual como una respuesta del corazón. Es el Espíritu Santo el que nos posibilita hacer esto.

En el capítulo 3 de Juan, nos encontramos con Nicodemo que era un judío destacado, un intelectual, que estaba tratando de resolver las cosas en su mente. Se acerca a Jesús ‘de noche’, esto en el evangelio de Juan es símbolo de ceguera o incredulidad. Necesita la luz del Espíritu Santo para entender lo que significa ‘nacer de nuevo’ (Jn 3, 3). No conocemos toda la historia de su conversión, pero vemos los frutos,

“

‘Nacer del Espíritu’ significa ver las cosas de una manera nueva, tener una nueva perspectiva. Entonces en fe, como María, decir sí y rendirnos a Dios.

”

su vida cambió. Por lo tanto, en un debate entre los fariseos, defendió a Jesús que fue menospreciado personalmente (Jn 7, 50). También ayudó a José de Arimatea con el entierro de Jesús (Jn19, 39).

Cuando nosotros, a la luz del Espíritu Santo, hacemos lo que hizo María y damos nuestro sí incondicional a Dios, pueden nacer cosas nuevas en nuestras vidas y podemos ser fructíferos. En la anunciación, María dijo sí a la promesa del Espíritu Santo y esto condujo al nacimiento de Jesús en el mundo. En el Cenáculo en Pentecostés la asamblea se rindió al Espíritu Santo y esto condujo al nacimiento de la Iglesia. Esto es resalado por San Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Mater*, cuando comenta que: 'María es la presencia discreta pero sutil que indica el camino del nacimiento desde el Espíritu Santo, primero en la anunciación y ahora en el nacimiento de la Iglesia.'

El Papa Francisco nos recuerda en EG 284: ' Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (Hch 1, 14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización'.

María se unió a los discípulos en el Cenáculo orando y esperando por lo que el Padre había prometido. Intercedió para que pudieran recibir el poder de lo alto. Deseaba que recibieran el bautismo en el Espíritu Santo porque uno de los frutos de esto es que las personas comienzan a actuar con poder misionero. Por eso Pentecostés señala el nacimiento de la Iglesia.

El día de Pentecostés, en el Cenáculo, hubo tres acciones del Espíritu Santo. En primer lugar, el viento o aliento del Espíritu llenó toda la casa y hubo un Pentecostés comunitario. Luego 'vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos' (Hechos 2, 3). Éste fue un Pentecostés personal ya que todos quedaron llenos del Espíritu Santo. Una vez que había sucedido esto, ya no podían quedarse más tiempo en los límites de esa estancia. Habían recibido el poder del Espíritu Santo

y convertido en testigos que ahora estaban comisionados y empoderados para ir 'al confín de la Tierra' (Hechos 1, 8).



¿Estamos como María deseosos de que muchas más personas reciban el bautismo en el Espíritu Santo para que la Iglesia pueda cumplir con mayor perfección su mandato misionero? ¿Intercedemos por esto? ¿Actuamos para ocasionarlo?

El Papa Francisco le dijo a la RCC en Roma el 1 de junio de 2014: 'Espero de vosotros que compartáis con todos en la Iglesia, la gracia del bautismo en el Espíritu Santo'. Tenemos una responsabilidad, como aquellos primeros cristianos en el Cenáculo, no podemos guardarnos para nosotros este increíble tesoro. Estamos llamados a extender el fuego de Pentecostés. Esta es la acción continua del Espíritu Santo. El Papa Pablo VI nos recordó: 'La Iglesia necesita su Pentecostés eterno, necesita fuego en su corazón, palabras en sus labios y una mira que sea profética'. 🕯

Este artículo está basado en una charla: 'Con María en el Cenáculo', dada por Michelle Moran en el Gran Encuentro del ICCRS en Uganda en julio de 2014.

El Espíritu sopla donde quiere: Jesús Vivió al Margen de la Sociedad – Se Acercó a los Pobres y Marginados

■ **Julienne Mesedem**

Viviendo al margen de la sociedad y acercándose a los pobres, Jesús puso sus palabras en práctica, palabras que son siempre la verdad, y siempre cumplen su propósito.

“Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo” (Is 55, 10-11).

En Is 49, 15, dice también: “¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré”. En Is 54, 10, leemos: “Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, no cambiaría mi amor, ni vacilaría mi alianza de paz – dice el Señor que te quiere–.” Mt 9, 12 “No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos”.

La misión de Jesús es sanar a los enfermos y ayudar a los pecadores para que puedan convertirse. Esto no quiere decir que no le gusten los sanos y los justos, pero Él no quiere perder a ninguna de Sus ovejas. “¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? (Lc 15, 4).” “Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta” (Lc 15, 7).

Jesús quiere misericordia de nosotros y no sacrificios (Mt 12, 7). Como nos dice el Papa Francisco: “La ternura de Dios no tiene límites, y Él no discrimina a nadie. No tenemos razón de sentirnos privilegiados”.

Dios creó al hombre para que pudiera ser eternamente feliz. A pesar de la intervención de Satanás que quiere destruir el plan de Dios, Dios aprovecha cualquier oportunidad para salvar a los hombres, para darles su dignidad de hijos de Dios y hacerles felices.

Jesús está mucho más preocupado por los marginados, los abandonados o rechazados, ya que Él mismo fue víctima del rechazo poco después de su nacimiento: tuvo que huir a Egipto con sus padres, y la sagrada familia tuvo que permanecer algunos años en el exilio para escaparse del rey Herodes (Mt 2, 13). Sólo regresaron cuando Herodes murió (Mt 2, 19-23).

En Lc 2, 6-7), leemos: “Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada”. Sí, Jesús vino a Su pueblo y no le recibieron.

Is 57, 15 nos dice: “Porque esto dice el Alto y Excelso, que vive para siempre y cuyo nombre es ‘Santo’: Habito en un lugar alto y sagrado, pero estoy con los de ánimo humilde y quebrantado, para reanimar a los humildes, para reanimar el corazón quebrantado”.

Si nos tomamos tiempo para reflexionar, para meditar, nos damos cuenta de que es nuestra falta de caridad, de amor y de humildad la que nos conduce a rechazar personas. No acogemos a las personas ni compartimos con ellas, y encontramos mil excusas para proteger las pertenencias que Dios nos da, olvidando que sólo somos los administradores temporales. Tendemos a hacer a otros responsables de todos nuestros males. Nuestros océanos se han convertido en tumbas, y los cuerpos humanos se convierten en comida para los peces.

Las personas dicen que la presencia del extranjero empeorará el desempleo y hará la vida más cara. Nos olvidamos de que cuando damos con nuestro corazón, Dios nos bendice y siempre cuida de nuestras necesidades, como fue el caso con la viuda de Sarepta que le dio su último puñado de comida y un poco de aceite al profeta Elías (1 Reyes 17, 7-16). La falta de humildad, el miedo a perder parte de nuestra comodidad, nos empuja a pensar que somos dueños de algo, cuando está escrito en Rom 11, 34-36: “En efecto, ¿quién conoció la mente del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le ha dado primero para tener derecho a la recompensa? Porque de él, por él y para él existe todo. A él la gloria por los siglos”.

El Santo Padre Francisco nos invita a abrir nuestros corazones y romper las barreras de seguridad, clan y religión, y nunca olvidar que incluso los rechazados y despreciados por la sociedad están recibiendo las bendiciones de Dios.

La misericordia que Dios espera de nosotros se refiere en primer lugar a nuestro prójimo, pues como nos dice San Juan en 1Jn 4, 20, “Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”.

En el último día, no seremos juzgados por el número de coches, casas o cuentas bancarias, ni por el número de veces que fuimos a Misa o a un grupo de oración, sino por el amor que tuvimos a nuestro prójimo (Mt 25:31-46). Señor, tenías hambre y yo no te di comida, tenías sed, y yo no te di algo para beber, estabas desnudo y no te di ropa, estabas en prisión y no te visité. (cf Mt 25, 35-38)

Abre mis ojos, Señor, a la grandeza de tu amor, que es un hombre o una mujer, personas sagradas, creadas a tu imagen y semejanza. Yo soy el ciego en el camino, sáname y enséñame a compartir. Abre mis manos, Señor, que están cerradas para guardarlo todo. El pobre está hambriento delante de mi casa; enséñame a compartir. Transforma mi corazón, que pueda ser amable y humilde como el tuyo. Enséñame a amar, por muy difícil que sea el camino. Quiero seguirte a la cruz, tómame de la mano para conducirme.

Terminaré con esta historia: Una mujer tenía una cita con Jesús en su casa. Ella limpió todo, puso el mantel más hermoso, preciosos ramos de flores, se vistió con sus mejores ropas, y preparó un gran festín para él. Mientras le esperaba, estaba leyendo la Biblia. Un niñoito llamó a su puerta para pedirle algo para beber, pero ella se negó porque perturbaría su meditación. Un mendigo también llamó a su puerta, pero ella no le dio nada, ya que todo estaba preparado para Jesús y nadie más. Luego vino un hombre con lepra, a quien recibió de mala manera, porque nadie iba a ensuciar su casa. Algo más tarde, su vecino enfermo vino a pedirle que le llevara al hospital, pero ella se negó, ya que Jesús podría venir cuando ella estaba fuera. Cansada de esperar a Jesús, se quedó dormida. Se despertó al día siguiente, muy disgustada con Jesús que no había acudido a la cita. Y Jesús le dijo: “Vine a visitarte varias veces pero cada vez te negaste a acogerme”.

“En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo (Mt 25, 45). 🏠



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Pueden Imponer las Manos los Laicos?

La imposición de manos es un gesto muy significativo en la tradición bíblica, con una amplia diversidad de propósitos.

En el Antiguo Testamento, la imposición de manos se utiliza primero como una manera de bendecir a los hijos. Jacob, por ejemplo, bendice a sus dos nietos imponiendo las manos sobre sus cabezas (Gen 48, 14). Hasta el día de hoy, la bendición de los hijos por sus padres es una costumbre judía importante, especialmente al comienzo del Sabbath.

La imposición de manos también se utiliza para ordenar o consagrar a alguien para el ministerio. En Números, el pueblo de Israel impuso las manos sobre los levitas para dedicarles al servicio del Señor (Num 8, 9-10). Moisés impone las manos a Josué para darle autoridad y empoderarle como su sucesor en el liderazgo (Num 27, 18-23; Deut 34, 9). Más tarde en la historia de Israel, el profeta Elías impone las manos sobre un niño muerto para resucitarle de entre los muertos (2 Reyes 4, 34).

En los Evangelios, Jesús impone las manos a los niños como un gesto de bendición (Marcos 10, 16). Pero utiliza más a menudo la imposición de manos como un medio de sanación. Por ejemplo es la manera en que sana al ciego (Marcos 8, 23-25), la mujer que estaba encorvada (Lucas 13, 11-13), y a los enfermos en Nazaret (Marcos 6, 5). También impone las manos para liberar de la aflicción demoníaca (Lucas 4, 40-41) y para resucitar a los muertos (Mateo 9, 18, 25). Al final del Evangelio de Marcos el Señor resucitado promete que aquellos que crean en él sanarán a los enfermos de la misma manera: "A los que crean, les acompañarán estos signos: ...Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos" (Marcos 16, 18).

En Hechos, la imposición de manos se convierte en un medio para impartir la plenitud del Espíritu Santo, especialmente a los no creyentes. Esto es realizado por los Apóstoles en Hechos 8, 17-19 (cf. 19, 6), que la tradición católica considera como la base bíblica para el sacramento de la Confirmación. También vemos a Ananías, un creyente corriente, siendo conducido por el Espíritu Santo a imponer las manos sobre Saulo para que pueda recuperarse de la ceguera y ser llenado con el Espíritu Santo (Hechos 9, 17).

La imposición de manos es una manera de encargar a las personas que hagan una nueva tarea o misión. En Hechos 13, 3, un grupo de profetas y maestros (o quizás toda la comunidad cristiana de Antioquía) impone las manos sobre Bernabé y

Saulo para el empoderamiento divino para la misión a la que el Espíritu Santo les había llamado.

Finalmente, la imposición de manos es la manera en que los apóstoles ordenan a aquellos llamados a un cargo de liderazgo en la Iglesia, incluyendo el de diácono (cf. Hechos 6, 6) y presbítero (cf. 1 Tim 4, 14; 5, 22; 2 Tim 1, 6-7).

Basada en este fundamento bíblico, la imposición de manos tiene un lugar importante en dos sacramentos de la Iglesia, la confirmación y el orden. En estos sacramentos, que son solo celebrados por un obispo (o en el caso de la confirmación, a veces por un sacerdote delegado por el Obispo), la imposición de manos confiere el Espíritu Santo de una manera singular.



En la confirmación, la imposición de manos imparte el don del Espíritu Santo que completa la gracia del bautismo. En la ordenación, por medio de la imposición de manos el don del Espíritu recibido primero por los apóstoles es pasado por sucesión apostólica a los obispos y sacerdotes de nuestros días.

En tiempos recientes la Renovación Carismática Católica ha traído un reavivamiento de la antigua práctica de creyentes corrientes imponiendo manos, especialmente para la sanación, para una infusión del Espíritu Santo, o para impartir poder

divino para una nueva misión o servicio al que una persona haya sido llamada. Imponer las manos es una manera de reconocer que somos personas corporales, y que Cristo hace que su gracia fluya a través de todos los miembros de Su Cuerpo.

Es importante que esta práctica sea bien pastoreada, para que no haya ninguna confusión entre la imposición de manos sacramental y simple (informal). La imposición de manos para el bautismo en el Espíritu no es un sacramento, sino una oración para que el Espíritu Santo reavive el don ya recibido a través de los sacramentos del bautismo y la confirmación.

Este gesto debería hacerse con respeto y sensibilidad hacia la persona que recibe la oración. En algunos casos hay que pedir permiso discretamente a la persona antes de imponer las manos: "¿Puedo poner mis manos sobre tus hombros mientras oro?" Debe evitarse cualquier impresión de imponer nuestra propia autoridad o poder, sino simplemente la de ser un canal para la gracia del Espíritu Santo. 🙏